

Crónica: MI FAMILIA CAMPESINA

(Tomado de Mis recuerdos de La Güira, testimonio inédito sobre la Campaña de Alfabetización)

Adelaida Macías Saínz

Los Ruiz eran, como todas las del campo, una familia numerosa, pero me referiré a mi núcleo más cercano.

En la casa donde dormíamos vivían mis abuelos, Conchita y Juan Ruiz, dos viejitos encantadores; ella con una sonrisa siempre en los labios, dulce, cariñosa, muy pulcra, madre de una numerosa prole, conocedora de muchos remedios y con una especie de cultura general espontánea, de modales muy finos, con mucha lucidez, que la hacía una buena conversadora de muchos temas, siempre con su pañuelito en las manos, presente en cada momento y dispuesta a transmitirnos su amor como si fuéramos sus verdaderas nietas.

El abuelo Ruiz parecía mucho mayor que ella, era ya un viejito que caminaba encorvado, también muy cariñoso, no sé cuántos años tenía entonces, pero era como una especie de tronco del que se habían desprendido numerosas ramas.

Allí también vivían uno de los hijos mayores, Eladio, y su esposa Juana, que por haber sido nombrado él interventor de una finca, estaban viviendo por entonces en ese lugar y habían dejado la cama libre, que nosotras heredamos transitoriamente.

El otro matrimonio de esta casa lo componían Fernando (Nano) y su esposa Aida Rosa (Yaya), que tenían una niña de 2 años que se llamaba María Conchita, lindísima, rubia y de ojos azules que se convirtió en nuestra mascota. A ella le decíamos cariñosamente María Cota, igual que los muchachos de la casa. Cuando después mis padres nos visitaron en algunas ocasiones, nunca podían faltar las baticas que mi mamá le hacía y le quedaban tan lindas; a ella al principio no le gustaba mucho retratarse, pero siempre nos empeñábamos hasta que le cogió el gustico, por lo cual conservo muchas fotos de ella. Al terminar la Campaña Yaya estaba embarazada y a la niña que tuvo le pusieron mi nombre.

En la casa donde oficialmente estaba ubicada, y que quedaba contigua a la anterior, con el patio común, era la de mis padres campesinos Marcelo y Artica, pues aunque ella se llamaba Altagracia nadie le decía así. Nunca olvidaré el celo con que me cuidaban, más exigentes que mis propios padres, pues Marcelo decía que a nosotras no nos podía pasar nada y que él respondía por eso.

Muchas veces queríamos ir a algún lugar y nos poníamos un poco bravas si no nos dejaba, pero lo obedecíamos sin protestar y en no pocos casos supimos después que tenía razón cuando ponía alguna objeción a que fuéramos solas a alguna parte, pues aunque este era un lugar relativamente tranquilo, si lo comparamos con otras zonas del Escambray, en algunas ocasiones hubo intentos de asustarnos y quién sabe si también alguna que otra mala intención. Por otro lado, si ellos tenían que trasladarse a algún lugar, como cuando había algún "mortuorio", invariablemente teníamos que acompañarlos pues no nos dejaban atrás por nada del mundo.

Ellos tenían tres hijos varones: Felipe, el mayor, que tenía unos 18 años; le seguía Juan Manuel –al que le decían La Negra, porque era muy trigueño y ese mote le venía de chiquitico- y Pepe, el más joven, que estaba alrededor de los 14 años.

Cuando se produjo el ajuste de la milicia, Felipe, como muchos de los jóvenes de la zona, se quedó movilizado mientras Juan Manuel se incorporó a trabajar en la granja. Pepe iba al colegio todavía pero como el curso había terminado adelantado por la alfabetización, también hacía sus cosas en el campo y ya quería ser mayor como sus hermanos, aunque era muy juguetón y Marcelo lo llevaba bastante recio.

Después abundaban en el barrio y sus alrededores hijos, nietos, bisnietos, sobrinos y demás parientes que harían muy larga la lista.

Los hombres de esta familia eran principalmente chapeadores de potreros, una labor muy dura en el campo; y las mujeres, invariablemente, amas de casa. Como describí en otra crónica, de ellas aprendimos fundamentalmente lo duro que era también cumplir con las tareas domésticas en condiciones tan difíciles.